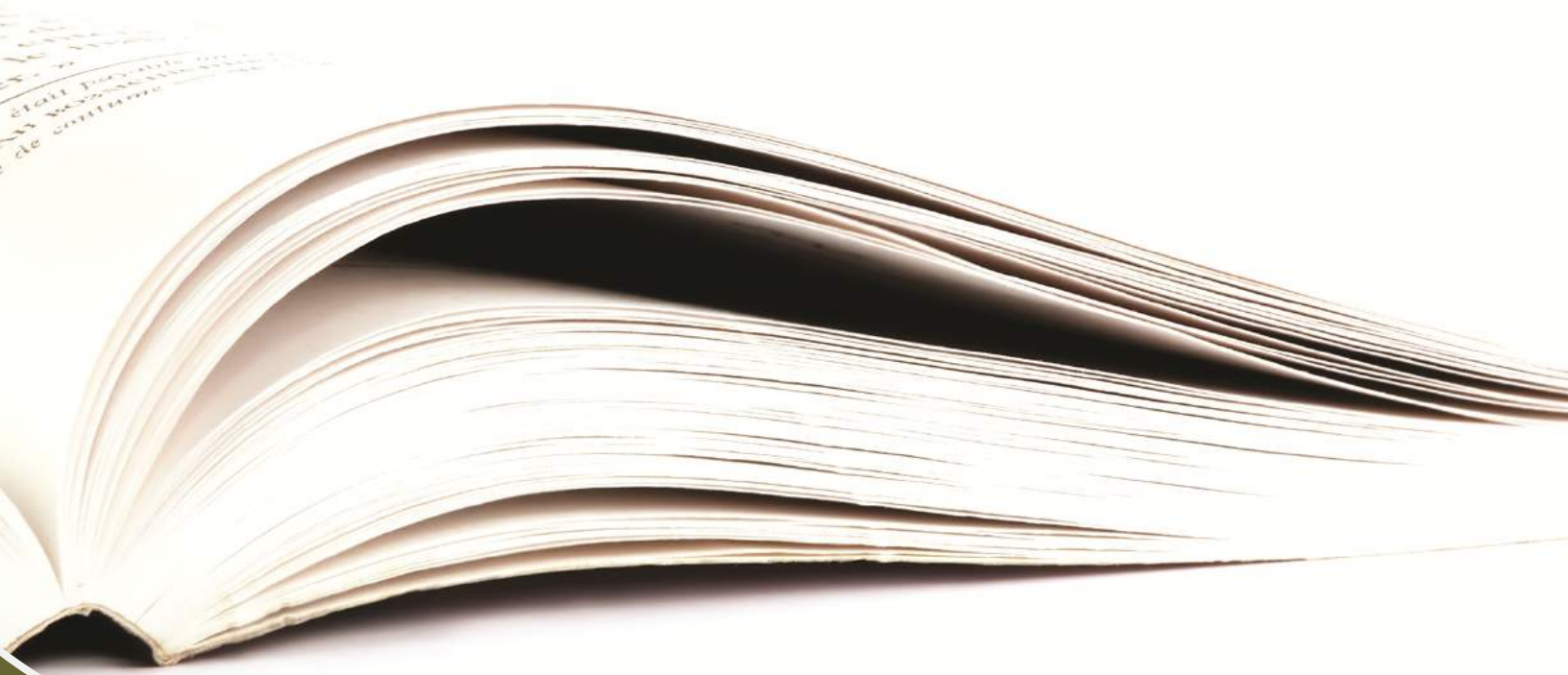
NARRATIVAS



Sensaciones encontradas

Prof.
Gabriela Verónica Cardozo

ESCUELA HOSPITALARIA Nº 7038 "Dr. Andrés Cornejo"

Salta - Capital

1. Sensaciones encontradas

Corría el mes de febrero de 2020 en la provincia de Salta, la ilusión de volver a mi escuela afloraba y con ella la ansiedad, los preparativos del regreso a clases, el delantal, el maletín. Un nuevo comienzo me esperaba ya que trabajaría en otro turno, por lo que debería empezar a crear vínculos con mis nuevos compañeros. Todo estaba listo para un nuevo año lectivo.

Reencontrarnos siempre será emotivo, un nuevo recibimiento y palabras de aliento del equipo directivo al nuevo plantel del turno mañana en el cual me incluía nos motivaban a iniciar el ciclo lectivo con mucha energía. Luego me anunciaron mi nuevo sector de trabajo: «docente de la sala de oncología». Sentí un orgullo inmenso, sabía que un nuevo desafío se acercaba y a pesar de ser consciente de cuan duro pueden ser algunos de los lugares en que nos desempeñamos los docentes hospitalarios estaba feliz porque los nuevos desafíos me apasionan y porque sabía que desde ese lugar podría construir nuevas experiencias desde todo punto de vista.

Los días pasaban, el comienzo de clases se aproximaba. En las noticias sonaba cada vez con más fuerza la palabra «pandemia»; sinceramente no le di mucha importancia pensando que solo era una exageración de algunos canales de noticias. Las clases comenzaron, me acomodaba al nuevo lugar asignado, llegaban los ansiados alumnos con historias diferentes: algunos terminando su tratamiento, otros recién diagnosticados y muchos del interior que contaban las travesías que tuvieron que realizar para poder llegar al hospital de Salta Capital. La palabra pandemia ya había atravesado todas las fronteras y la teníamos muy cerca. El hecho de no saber qué iba a pasar causaba incertidumbre, miedo, y desprotección.

De pronto anunciaban las noticias, lo que luego sería confirmado por los directivos de mi escuela: se suspendían momentáneamente las clases porque la situación sanitaria en el país se agravaba. Ese mismo día corrí a buscar a mis alumnos para informarles sobre la forma de trabajar que se iba a implementar. Algunos ya no estaban, otros no sabían que decisiones tomarían los médicos con respecto al COVID-19. A pesar de la decisión del Gobierno Nacional que paralizaría a todo el país sentí una tranquilidad ya que contaba con los datos de mis estudiantes y con eso podría coordinar y hacerles llegar cartillas para las próximas semanas hasta que todo esto pase. Debo admitir que dentro de mí minimizaba la situación o quizás no quería convencerme de la gravedad de la misma.

A los pocos días comencé a contactar a mis alumnos. Tenía niños de primero, segundo y tercer grado los cuales residían en General Güemes, Iruya, Metán y Capital. Al comienzo preferí enviar actividades acordes a cada uno de los años que concurrían y luego se articularon áreas, reforzándolas vía online. Las tareas fueron minuciosamente seleccionadas y enviadas en formato pdf, pero lamentablemente quedaban ahí, sin que fueran impresas y mucho menos realizadas en computadora. Mi empatía comprendía perfectamente el temor de aquellas familias a las que les tocaba atravesar una pandemia con un hijo en condiciones de salud desfavorables, pero mi trabajo es educar y yo debía lograr que se cumpla ese derecho a pesar de cualquier adversidad.

Los directivos de mi escuela me apoyaban en cada decisión y evacuaban todas mis dudas, juntos buscamos nuevas estrategias. Entré a sitios web para enviar enlaces educativos donde las actividades eran sumamente llamativas. Todo parecía fácil, pero no. Los padres de mis estudiantes, preocupados y al unísono, comentaban que los niños no podrían realizar las actividades ya que las mismas requerían del

consumo de datos móviles. Me decía a mí misma: ¿cómo hago para seguir?, ¿cómo pretendo hacer cumplir un derecho si las herramientas no son suficientes?, ¿cómo hago para sustituir la enseñanza a pie de cama, el frente a frente, la mirada, el contacto, la palabra?; ¿cómo se puede demostrar cariño si ni siquiera me pueden conocer si no es a través de una foto?, ¿cómo puedo lograr un aprendizaje si no estoy a su lado para acompañarlos? Estas preguntas y muchas más eran motivo de mi angustia, aquellas que se ahondaban más en el silencio de los padres, en la ausencia de mis alumnos, en la soledad del living de mi casa.

Un tiempo después uno de mis alumnos que residía en Iruya es traído de urgencia al Hospital Público Materno Infantil. Su salud estaba debilitándose, a pesar de la situación delicada que estaba pasando el momento fue oportuno para tomar contacto mucho más ameno con él y su familia. Le propuse a la mamá realizar una video llamada para sentir nuestras voces y poder mirarnos. Son esos momentos en donde una se da cuenta por qué eligió esta profesión. El encuentro ansiado al fin se concretó, la felicidad se apoderó de ese instante invalorable que fue casi mágico, imposible de describir y aunque duró menos de diez minutos para mí fue muy importante. Al terminar la conexión no podía siquiera modular palabra, es que la emoción y las lágrimas se hicieron presentes ante la mirada atónita de mi familia.

Desde ese día nuestra comunicación fue diaria, ya que por su problema de salud permaneció en Capital, los avances a medida que pasaban los días eran gigantes, su entusiasmo inigualable. El hecho de tener la responsabilidad de estar frente a la «seño» todos los días, a la misma hora, el hábito de la clase diaria lo hacía sentir más importante. Comencé a subir fotos de nuestras clases al grupo de padres de WhatsApp; la intriga y curiosidad se instaló en cada mamá/papá que podía visualizar los adelantos de este alumno, motivándolos a continuar con esta modalidad de trabajo escolar.

Se acercaba el fin del periodo lectivo y las medidas sanitarias se iban flexibilizando. Propuse entonces entregar a cada uno un *«diploma de honor»* por haber transitado sus estudios durante la pandemia. Este alumno del interior que me permitió lograr el vínculo educativo debía seguir asistiendo a Salta, aunque periódicamente, para su control médico. Ese día me dirijo a la sala cumpliendo con el protocolo y barbijo bien colocado para poder ingresar. Llego al lugar y no lo encuentro, llamo a la mamá y sorpresivamente un teléfono comienza a sonar en la sala donde yo estaba, miro detenidamente a un pequeñito de estatura muy baja y con un barbijo que le tapaba hasta sus ojos, lo llamo por su nombre y me dice «¿seño?»; ese fue el momento en que me di cuenta que todo el esfuerzo valió la pena. Al escuchar esa vocecita y sentir un abrazo muy fuerte alrededor de mi pierna y luego las palabras de agradecimiento de la mamá me lo confirmaron.

Terminando las clases, mi estudiante me dejó una de las mejores experiencias en uno de los momentos más difíciles en mi trayectoria docente. Sé que estuve ahí, sé que pude dar lo mejor de mí y reconozco que podría haber hecho más; sé que mis alumnos se fueron con aprendizajes nuevos.

Definitivamente fue un año en que la pandemia nos tocó a todos, cuánto costó adaptarnos a ésta nueva realidad, pero a pesar de eso siempre con deseos de aprender cosas nuevas y no rendirnos nunca. Este año me puse más que nunca la camiseta, por todo lo que viví y por estar en lugares donde a veces la razón no entiende, donde el corazón duele, donde no podemos demostrar el dolor que nos atraviesa. Soy lo que soy, orgullosamente: MAESTRA HOSPITALARIA.